

**Henry Troyat. Nicolás II, el último zar**, Edit. Emecé, Bs. Aires, Argentina, 1993. Título original: *Nicolás II, le dernier tsar*, Flamarion, España. Traducción de Amanda Forns de Gioia.

Henry Troyat, escritor de origen ruso miembro de la Academia Francesa, nos ofrece una profunda e informada Biografía del malogrado Zar de Rusia, Nicolás II.

Rusia presenta en la actualidad un cuadro de gran inestabilidad y dinamismo en el plano político, sucesión de acontecimientos que guardan, al menos en la forma, similitudes con aquellos que marcaron el comienzo de siglo en el gran país euroasiático. Reaparecen en escena temas recurrentes del efervescente período prebolchevique: Pertinencia de la autocracia o un ejecutivo fuerte, la Duma y su efectivo poder frente al Jefe de Estado, las aspiraciones separatistas de las nacionalidades, los brotes de xenofobia, etc. En un plano más anecdótico, el simbólico cambio de nombre de algunas ciudades, como es el caso de la otrora capital del Imperio, San Petersburgo. Estos breves antecedentes, por sí solos, revelan la oportunidad de la obra reseñada.

Henry Troyat, nacido como Lev Taravassov, emigró de su Rusia natal en 1917, para dirigirse junto a su familia a Francia, donde se radicaría; emigración forzada por las simpatías autocráticas de su núcleo, simpatías que se manifiestan evidentes en el tratamiento que hace de la figura del Zar, condescendencia con aquél, al que la prensa europea -por su lado- motejaba de «tirano», todo ello sin perder la distancia analítica: «Es probable que, sin la guerra de 1914 y sin la revolución, favorecida, sino determinada por los desastres militares, su reinado hubiera evolucionado hacia una apacible monarquía constitucional, y que Rusia, en pleno desarrollo, se hubiese convertido en uno de los países más prósperos y poderosos del mundo. Así este pálido soberano de trágico destino, mereció, a pesar de sus errores, el título de «zar mártir» que le dieron sus últimos seguidores» (p.272).

El biógrafo de «El último Zar», como se subtitula la obra, ha dedicado parte de su rica vida intelectual, al estudio de connotados personajes de la historia rusa: Tolstoi (1968), Catalina, La Grande (1979) Pedro, El Grande (1980), Alejandro I (1982), Iván, El Terrible (1983) y Alejandro II (1992), entre otros. La serie concluye con Nicolás II, el último zar, donde Troyat sigue la trayectoria vital del autócrata, desde su condición de Zarevich, hasta el dramático fin en Ekaterinburgo la noche del 16 al 17 de Julio de 1918.

La obra está escrita en un estilo novelesco, incluye el intimismo autobiográfico, seguido a través del Diario de Vida del Zar y de otros importantes miembros de la

corte, así como grandes pinceladas del desarrollo socio-histórico del país, apoyado en fuentes rusas y no rusas, algunas inéditas en otro idioma, logrando una obra acabada y original. Troyat entrega una copiosa relación de hechos, en lo que constituye un gigantesco fresco, mezclando lo anecdótico con el gran proceso, presentando a Nicolás II como víctima impotente del tráfago histórico, particularmente complejo en el momento que asume la conducción del Imperio.

La perspectiva asumida por Troyat, enunciada más de una vez en el estudio, sostiene que Nicolás II, no estaba a la altura del estadista que Rusia necesitaba, ni menos en condiciones de enfrentar sus desafíos. Troyat dilucida el largo y triste martirologio (1895-1918) de un personaje que nunca se consideró apto para la misión que se le encomendaba, como lo expresó a algunos de sus cercanos colaboradores. El zar sentía mayor afinidad por la vida familiar y de pareja, familia junto a la cual, en una cruel ironía del destino, encontrará su fin.

La horrible muerte de Alejandro II, su abuelo, a manos de terroristas, dejará una marca indeleble en el carácter y actitud política de Nicolás II, determinando en éste una tajante oposición a la introducción de reformas liberales al régimen autocrático. Régimen que, en su concepto, contaba con el ferviente apoyo de la Providencia, tal como lo proclamaba de manera intransigente su esposa, Alejandra Fedorovna, de espíritu místico y esotérico. La liberalización de las estructuras políticas Rusas, para el Zar, significaba abrir las puertas al terrorismo, de larga data en la historia de la Rusia de los zares.

Nicolás, «Nicky» para los íntimos, prisionero de sus incapacidades políticas, no percibe la creciente presencia de la agitación revolucionaria, la que se ve acompañada de un fuerte sentimiento antiautocrático dentro de las filas de la oposición liberal, fortalecido a medida que el Zar se encierra en sí mismo y en sus odiosas prerrogativas. Sólo cuando la muerte entra en los pasillos de palacio, alcanzando a personeros cercanos al soberano, como es el caso del Ministro del Interior, Dimitri Sipiaguin, asesinado por un estudiante expulsado de la Universidad de Kiev, Nicolás II intuye la vastedad del peligro, «De pronto Nicolás toma conciencia de que ya no tiene frente a sí a una juventud universitaria turbulenta e inexperta, sino a una máquina de guerra secreta, ramificada, eficaz, comparable a la que terminó matando a su abuelo Alejandro II el zar liberador» (p. 60).

El Zar recurre a una receta conocida e ineficaz, la represión policiaca y la infiltración de las organizaciones populares, política que tiene como triste corolario el Domingo Rojo de 1905; masacre que, a juicio de nuestro autor, rompe el «lazo espiritual» que une al Zar y su pueblo. En el horizonte se vislumbra la tragedia.

La ineptitud política de Nicolás II, alcanza su más patética expresión en la orden de reprimir policialmente la efervescencia social que acabara con siglos de autocracia y, finalmente, con su vida. Ante el generalizado estallido revolucionario

en las principales ciudades del país, el monarca se limita a enviar al General Khabalov, nuevo comandante de Petrogrado, el siguiente despacho: «Ordeno hacer cesar mañana mismo en la Capital, desórdenes que no pueden ser tolerados en estos graves momentos de guerra contra Alemania y Austria» (p.238).

Henry Troyat nos presenta las decisiones y mandatos del zar condicionadas por una poderosa «camarilla», la Emperatriz madre, su esposa Fedorovna y el santón Rasputín, además de algunos Grandes Duques, opiniones no siempre coincidentes entre sí. La omnisciente presencia de esta tríada alejara aún más a «Nicky» de su pueblo.

El autor, en lo que consideramos una pequeña falencia de la obra, reduce el papel del movimiento Bolchevique a la calidad de grupúsculo extremista de escaso eco, en lo que constituye una lectura de la realidad histórica, identificada con determinada postura ideológica, hostil al movimiento revolucionario.

No obstante, un gran acierto de la obra reseñada es el capítulo dedicado a la muerte del Zar y su familia, ilustrando con claridad los hilos del poder que condujeron a la elección de esta opción como la más oportuna, «los Bolcheviques, acorralados, eligieron la solución más simple, más rápida, más segura: «liquidar» a toda la familia imperial para no dar a los contrarrevolucionarios ninguna oportunidad de recuperar a una ex-zarina. Por consiguiente, el exterminio fue sin duda inmediato y total. Así lo exigían la lógica y la prudencia» (p.275). Iniciativa que tiene como principal mentor a Lenin. Las tesis de Troyat al respecto, han sido corroboradas por las más modernas investigaciones, alentadas por el actual gobierno Ruso de Boris Yeltsin.

En resumen, Henry Troyat ofrece una genial aproximación a la vida de Nicolás II, combinando acertadamente amenidad y erudición. Su obra es un insoslayable aporte a la comprensión del pasado y presente de la distante y convulsionada Federación Rusa.

Héctor E. Concha Oviedo  
Candidato al grado de Magister en Historia  
Universidad de Concepción